

Ricardo Vicente López

*El mito
del
mercado libre*

El liberalismo ha realizado una
Lectura sesgada de Adam Smith
que justificó el neoliberalismo

Cuadernos de reflexión:

El propietario republicano

Parte I

Primeras palabras

Este comienzo del siglo XXI tiene ciertos aires de etapa fundacional, al menos desde mi punto de vista. Lo digo porque los comienzos de una nueva etapa presentan algunos resplandores que iluminan con una luz diferente el panorama que se presenta ante nuestra mirada. Esa luminosidad convierte los procesos sociales en estructuras más transparentes en tanto facilita la comprensión de los componentes y dispositivos que parecían imperceptibles antes y que ahora emergen a la superficie mostrando lo desconocido. Esta época de apenas un poco más de una década —la medición del tiempo lleva siempre una carga de subjetividad que la convierte en algo arbitrario, pero no por ello menos útil— me empuja a introducirme en reflexiones que deseo compartir.

Son momentos de la historia en los que se siente la necesidad de remover el pasado, ese es mi caso, en la búsqueda de ver en él algo que no ha sido narrado, o lo ha sido de modos que me han dejado una sensación de que algo se me escapaba. Esta tarea que me impongo no tiene un objeto particular sobre el que detenerme, es más bien una necesidad de revolver viejos papeles, visitar historias aprendidas, releer ideas de viejos maestros; en otras palabras, reencontrarme con aquel joven estudiante y debatir lo que él pensaba y creía desde este presente mío en reconstrucción.

De este modo me aventuro por senderos desconocidos, o recorridos con otros ojos que no me permitieron ver aspectos que hoy se me hacen imprescindibles. Este ver lo que ya miré y no vi es una experiencia cercana a la revelación, entendida como correr el velo que ocultaba lo que allí estaba. Es un despertar a nuevos conocimientos que son en realidad una revisión de los viejos desde otra perspectiva, a veces ideológica, otras política o cultural, etc. El tema que voy a tratar y compartir es una propuesta a caminar mirando más atentamente lo sabido, revisarlo con espíritu crítico, para encontrar riquezas y verdades que habían sido dejadas en el camino y que ahora nos atreveremos a recoger.

Esa relectura de textos ya revisados tiene la impronta de poder hacerlo a la luz del amanecer de esta época de la que hablaba antes. Es que las experiencias vividas en Nuestra América nos empujan a intentar la elaboración de un pensamiento que recupere sus raíces originales y se proyecte hacia las exigencias que nos impone el caminar juntos hacia un futuro cargado de promesas. Para ello, como paso previo, como preparación, es necesario releer a algunos de los autores clásicos que hoy son utilizados con intenciones “non sanctas”, por ignorancia o por “razones perversas”. Esa utilización de ideas tergiversadas, convertidas en verdades fundantes, es una de las limitaciones que nos impide ver con claridad el futuro posible. Como una primera aproximación y como muestra de lo que voy a desarrollar más adelante cito un párrafo de las declaraciones de Dr. David Casassas¹:

Quizá haya confusión en el hecho de atribuir una génesis liberal a ideas de origen claramente republicano: las ideas de Locke, de Smith, de quienes hicieron la revolución inglesa en el XVII y la francesa y la americana en el XVIII. Ellos no optaron por un mundo liberal en el que la igualdad ante la ley es criterio de libertad. Lo que pasa es que, en los dos últimos siglos, se hizo una utilización interesada de estos supuestos padres del liberalismo político y económico y los presentaron como adalides de un capitalismo que en ningún modo se asemeja a lo que dejaron en sus escritos. Ellos pensaron el republicanismo comercial, una sociedad libre en el mundo de la manufactura y del

¹ David Casassas, español, Doctor en Sociología por la Universidad de Barcelona. Investigador en Teoría Social y Filosofía Moral y Política. Ha sido investigador invitado en la Cátedra Hoover de Ética Económica y Social de la Universidad Católica de Lovaina y en el Centro de Estudios Sociales y de Justicia de la Universidad de Oxford.

comercio, antes de la aparición, en el XIX, del capitalismo industrial, que se fue extendiendo y que rompió por completo con la ética y la preceptiva política de estos autores².

Este tipo de señalamientos nos ponen en senda de lo que vamos a analizar. Pero lo que quiero mostrar es que el uso de autores clásicos para sostener ideas actuales, como la presencia imperante del ideario neoliberal, es una de los problemas que debemos abordar para que la luz de este amanecer nos aclare el bagaje de ideas erróneas que nos desvían del camino propuesto. Un enorme y sofisticado aparato publicitario está operando sobre la conciencia colectiva desde hace ya unas décadas para el logro de estas confusiones³.

Primera aproximación

Para que todas estas falacias se impongan se hace necesario cortar los vínculos de los seres humanos con la historia, o mejor dicho, negar que nosotros somos seres históricos, que estamos anclados al mismo tiempo en el pasado, el presente y el futuro, y que en el pasado relucen los destellos de proyectos y alternativas de los vencidos que iluminan el futuro, para que el presente no aparezca como una fatalidad que tenemos que aceptar y contra la cual nada podemos hacer.

Renán Vega Cantor - historiador y profesor de la
Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.

La oportunidad, para internarnos en este derrotero nos la brinda la publicación de una entrevista (SinPermiso, nº 9, 2011) que el Profesor Salvador López Arnal realizara al Dr. David Casassas, motivada por la presentación de su libro, *La ciudad en llamas. La vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith* (Montesinos, Barcelona, 2010). Es muy ilustrativa la explicación que ofrece respecto del título de su libro en el que recupera una expresión sorprendente para la versión de los textos de Adam Smith que se enseña en las universidades:

En un pasaje de *La Riqueza de las naciones* [1776], en el que Smith defiende la necesidad de que las instituciones políticas controlen la actividad del sector bancario, reconoce que todo este tipo de regulaciones estatales que él propone pueden limitar la libertad “natural” de los individuos. Ahora bien, cuando el ejercicio de esa libertad queda restringido a un contado número de personas, la continuidad de la sociedad como proyecto civilizatorio queda seriamente amenazada. Del mismo modo que un gobierno debe alzar cortafuegos para impedir la propagación de los incendios, cualquier gobierno debe emprender una decidida acción política orientada a evitar la concentración de la libertad en unas pocas manos o, lo que es lo mismo, a evitar que una gran mayoría de la población quede excluida del ejercicio de esa libertad. Cuando ello ocurre, cuando la gran mayoría queda fuera de los procesos de determinación de nuestras relaciones económicas y sociales, no es posible construir una sociedad efectivamente libre y civil.

² Como método, dejo aclarado, que todos los textos entrecomillados pertenecen al autor citado y todos los subrayados son míos, RVL.

³ Un análisis detallado de este tema puede leerse en el blog www.pensandodesdeamerica.blogspot.com, en mi trabajo *El control de la opinión pública*.

Con el subrayado quiero mostrar que las ideas originales de Adam Smith⁴ (1723-1790) contradicen lo que sus divulgadores le hacen decir. Defiende la vigencia de la libertad, pero “para todos”, cuando no es así no se puede hablar de libertad. Por ello cuando el Dr. David Casassas justifica con razones la escritura de su trabajo sostiene una tesis muy importante para nuestra comprensión del capitalismo de hoy:

Adam Smith, junto con otros miembros de la escuela histórica escocesa y, más en general, junto con el grueso de la llamada “economía política clásica”, pensó la libertad en el mundo de la manufactura y del comercio en unos términos que nada tienen que ver con lo que supuso el despliegue del capitalismo industrial que siguió a la “gran transformación” y también financiero. Ambos cabalgan a lomos de los grandes procesos de desposesión de la gran mayoría y que, por ello, convierte a esa gran mayoría en población dependiente, material y civilmente, de los pocos beneficiarios de los grandes procesos de apropiación privada del mundo.

Entonces, Adam Smith, como el conjunto de los textos de los autores pertenecientes a la “economía política de la Ilustración”, aspiraban a un mundo en el que la manufactura y el comercio, fueran protegidos por la intervención de las instituciones públicas y el Estado. Desarrollando políticas y aplicando normativas contra los privilegios de las clases más favorecidas, que pudieran detentar posiciones dominantes en los mercados. Ello posibilitaría la universalización de la independencia socioeconómica, lo que abriría el camino de «autonomía moral que gozaría el productor libre».

Para Smith el “productor libre”, auténtico sujeto del ideal de su proyecto civilizatorio, es alguien capaz de formarse, individual y colectivamente, emprendiendo tareas productivas libres, en el sentido más amplio del término, de forma autónoma. Ello generaría un espacio social libre de dominaciones, libre de imposiciones por parte de intereses o grupos de presión. Lo que puede verse, todo lo expuesto muy poco se relaciona con el funcionamiento del capitalismo posterior, «sino que, además, rompe con los principios -y la práctica- de los cuerpos doctrinales de cuño liberal que han hecho apología de este mundo capitalista». Smith, como miembro de esa “economía política de la Ilustración”, «se constituye en una de las cumbres, en defensa de la libertad política y, en segundo término, también de los mercados». Sostiene en esta línea de pensamiento:

Me pareció fundamental, pues, entender cabalmente todo esto. *Primero*, por razones académicas o intelectuales: es necesario contribuir a restaurar el sentido común con respecto a los presupuestos de toda esta economía política clásica, tan maltratada por la hermenéutica liberal que llega más tarde. Y *segundo*, por razones políticas y culturales: me parece imprescindible que nos tomemos en serio la tarea de pensar políticamente en qué sentido y de qué maneras podemos recurrir a los mercados como herramientas que nos ayuden, también a nosotros -pero en nuestros términos y de acuerdo con nuestros valores-, a resolver determinados problemas sociales.

Haber comprendido la importancia de estos replanteos nos posibilita una apertura, a partir de la cual podemos y debemos decir mucho sobre el papel que juegan los mercados en la tarea emancipadora hacia un mundo más libre, siempre que nos desprendamos de los dogmatismos vigentes. Una vez lograda esta recuperación nos permitirá decir que «el mundo de Smith y de la economía política clásica aportan muchas enseñanzas valiosas para este cometido».

Nos habla, nuestro autor a continuación de la personalidad de Adam Smith, que no fue economista de profesión, sino un Filósofo Moral y Científico Social que había quedado muy impresionado por los cambios

⁴ Fue un filósofo y teólogo escocés, economista, uno de los mayores exponentes de la economía clásica.

que la manufactura y el comercio estaban produciendo en la Inglaterra y la Escocia de mediados del siglo XVIII, que lo empujaron a participar de un gran anhelo y de una esperanza.

¿Qué anhelo? El de todos aquellos que, desde la antigüedad hasta las revoluciones republicanas del XVII y, en el XVIII, el despliegue de la normatividad propia de las Ilustraciones europeas, también de inspiración netamente republicana, aspiraron a fundar la libertad, individual y colectiva, en el trabajo personal independiente, en el control de las bases materiales de nuestra existencia. El anhelo de todos aquellos que, además, creyeron que era posible garantizar políticamente posiciones de independencia socio-económica desde las que las gentes pudieran tejer toda esa emancipación efectivamente autónoma de la que hablaba antes. Esto es, toda esa red social basada, no en relaciones de dominación, sino en vínculos sociales respetuosos y favorecedores de nuevos deseos y proyectos. ¿Y qué esperanza? La de todos cuantos vieron en la nueva manufactura y en un comercio efectivamente libre una gran oportunidad para la materialización de esas viejas aspiraciones republicanas en el mundo moderno.

La descripción que nos ofrece acerca de Smith nos permite ubicarlo en la tradición republicana, diferente de la liberal, atribuida habitualmente en las versiones académicas. Pues es de la vertiente republicana de donde toma ese concepto que se convierte en el centro de su reflexión: «la libertad exige independencia material o independencia socio-económica, que es la condición de posibilidad del despliegue del entramado de vínculos sociales exentos de relaciones de sometimiento». El pasado feudal, no tan lejano, animaba a Smith a insistir sobre el tema. Es decir, imaginaba un futuro en el que no hubiera diferencias civiles ni económicas que generadoras forzosas, el conflicto social.

Nuestro autor se apoya en lo que denomina “un *revival* académico de la tradición republicana” a partir de mediados de 1990, momento de debates que enriquecieron las definiciones del concepto “libertad republicana”, sobre todo por los aportes del filósofo y politólogo Philip Pettit, profesor de la Universidad de Princeton, y del historiador británico Quentin Skinner, profesor de la Universidad de Cambridge: «Una persona es libre en sentido republicano cuando no es objeto de interferencias arbitrarias por parte de instancias ajenas y, además, en virtud de un determinado diseño social e institucional que no posibilite la interferencia arbitraria en las decisiones que esa persona pueda tomar y en los cursos de acción que pueda emprender».

Contrapone esa definición, con la que surge de la tradición liberal, menos exigente: «Una persona es libre simplemente cuando no es objeto de interferencias arbitrarias, con independencia de que se viva o no en un estado de cosas en el que en cualquier momento podamos ser objeto de esas interferencias por parte de los demás». La confrontación de estas dos definiciones le permite mostrar que la tradición liberal se halla ideológicamente incapacitada para detectar el problema fundamental de falta de libertad que sufre el trabajador asalariado, sometido a la posibilidad de distintos tipos de entorpecimiento contra el ejercicio de su libertad por parte del propietario, de los que no puede defenderse pues depende de éste para vivir.

La ventaja que otorga la definición de “libertad” en la tradición republicana es que no presenta ninguna dificultad para detectar en la relación obrero-patrón, como en muchas otras, el problema de cómo se presenta la falta de libertad: «De acuerdo con el republicanismo, allí donde hay dependencia no puede haber libertad, por mucho que no haya interferencia arbitraria efectiva. La definición de Pettit de la libertad republicana como ausencia de dominación resulta, pues, analíticamente precisa y, además, respeta las intuiciones básicas que han recorrido la historia de la aproximación republicana a la cuestión de la libertad».

El concepto de republicanismo

La descripción y análisis que el autor viene desarrollando respecto del concepto de libertad, si bien es particularmente rico para profundizar en el tema, él no deja de presentarse dentro de un terreno teórico. Para poder avanzar sobre lo que él denomina el «potencial político que mantienen todavía hoy» es necesario pasar al plano institucional en el que se deben proponer formas concretas que habiliten su presencia y defensa. Allí ubica la descripción de un «determinado diseño social e institucional en virtud del cual nadie cuenta con la mera posibilidad de interferir arbitrariamente en las vidas de los ciudadanos».

El estudio de aquellas condiciones socio-institucionales que, de acuerdo con la tradición histórica del republicanismo, hacen posible la emergencia de la libertad, de la libertad entendida en el sentido de la tradición republicana. De allí surge con claridad que el grueso de la tradición histórica del republicanismo, desde la Atenas clásica hasta el despliegue de los socialismos —los textos clásicos, de Aristóteles a Marx, son de una claridad meridiana a este respecto— ha girado alrededor de la afirmación de que esta libertad republicana como ausencia de dominación exige el goce de independencia material, del tipo de independencia material que históricamente estuvo vinculado a la propiedad. De ahí que hablemos del carácter “propietarista” de la tradición republicana: sólo puede ser libre aquel que es propietario o, más en general, aquel que goza de un ámbito de existencia material autónomo que lo dote de niveles relevantes de independencia material, de independencia socio-económica, equivale a decir, de decisivas condiciones necesarias para la libertad.

El aporte que nuestro autor subraya como uno de los objetivos fundamentales de su libro «ha sido el tratar de mostrar que Adam Smith, con el particular lenguaje y las particulares aspiraciones del siglo XVIII escocés, pertenece a todo este mundo. El mundo de Adam Smith ya no es un mundo en el que la cuestión de la independencia socio-económica pueda fiarse a la propiedad de la tierra —o a la propiedad de esclavos—, como fue el caso del republicanismo clásico de los Fundadores norteamericanos: pensemos en Jefferson. El mundo de Adam Smith sigue sostenido por la condición de que no hay libertad sin independencia personal, sin acceso a (y sin control de) un conjunto de recursos materiales que blinden nuestras posiciones sociales como agentes libres de cualquier tipo de relación de dominación».

Debemos recordar entonces que lo que denomina “el mundo de Adam Smith” y la tradición en la que se asienta, corresponden a una larga etapa de la producción artesanal, previa a la Revolución industrial, en la que los productores eran personas libres que disponían de sus propias herramientas de trabajo. Este “mundo” comienza a ser atacado por la aparición de los grandes talleres, con mano de obra asalariada, que está comenzando a edificar la “sociedad del capitalismo industrial”. Por ello afirma que:

El republicanismo comercial de Adam Smith no apunta a la propiedad de bienes inmuebles, insiste enfáticamente en la necesidad de que las instituciones políticas coadyuven a consolidar todo aquel orden social nuevo, comercial y manufacturero, en el que, tal como asume el grueso de la escuela histórica escocesa —pensemos en David Hume⁵ [1711-1776], en Adam Ferguson⁶ [1723-1816] o en John Millar⁷ [1735-1801] —, parece que se abren las puertas para que el conjunto de la sociedad, sin exclusiones de ningún tipo, cuente con verdaderas posibilidades de hacerse con instalaciones, con

⁵ Filósofo inglés. Publicó en 1739 su *Tratado de la naturaleza humana*, y en 1742 sus *Ensayos morales y políticos*. Se lo ha considerado como uno de los máximos representantes del llamado empirismo inglés.

⁶ Filósofo escocés reconocido por su libro *La Historia de la Sociedad Civil* (1767), y por los estudios sobre la Sociología y Ciencias Políticas.

⁷ John Millar (1735-1801) Investigador escocés, como sus contemporáneos, estudió los tipos de población, el grado de estratificación social y la naturaleza de organización política. Asoció los comienzos de control político a la acumulación de riqueza y al establecimiento de la propiedad privada hereditaria en los estadios de agricultura y ganadería.

equipos productivos, con unas destrezas profesionales cuyo control no escape de sus manos, con oportunidades de acceso a los mercados y de colocación en ellos de las mercancías producidas, etc.

Nos pinta un cuadro histórico real que fue apareciendo en las pequeñas ciudades del centro-norte de la Europa germana, como así también en el norte de Italia entre los siglos X y XVII. Esta experiencia social fue denominada “la comuna urbana”⁸ por historiadores como el Dr. Henri Pirenne⁹ (1862-1935), a comienzos del siglo XX; el Dr. Jacques Le Goff¹⁰ (1924), en la posguerra y, contemporáneamente en la Argentina, José Luis Romero. Todos ellos con su valiosa labor descubrieron y denunciaron la patraña de una Edad Media oscurantista, demostrando los avances sociales de lo que nuestro autor viene denominando “republicanismo”, que no debe ser confundido con los modos estadounidenses de fuerte cuño conservador.

Nuestro autor introduce un concepto que puede dejar perplejo a quien no acostumbra a trajar textos que aborden esta problemática. Y, aunque el tema no es sencillo, me parece necesario acercarse al que se hace referencia habitualmente: el “ciudadano de a pie”; con una expresión poco novedosa pero de gran capacidad descriptiva. Avanzar por caminos que extiendan las prácticas sociales democratizadoras requiere que “ese ciudadano” se involucre en los debates cuyos resultados determinaran, en gran parte, los caminos posibles hacia una sociedad más equitativa. En la medida en que “ese ciudadano” se desentienda de este tipo de problemáticas, por las razones que fueren, propias o ajenas, esos resultados favorecerán a aquellos interesados en que “ese tipo de ciudadanos” quede al margen de las “grandes decisiones”. Las tergiversaciones en la interpretación de textos y autores gravitantes tienen el perverso propósito de marginar a la mayor cantidad de participantes posibles, convirtiendo a la democracia en un mecanismo trivial e insulso.

Para acercarnos a el problema de las distorsiones interpretativas, propongo la lectura de un texto clásico del marxismo, escrito como una especie de presentación ante la conciencia de los trabajadores de su tiempo, en el que se aborda el concepto de la propiedad privada, en pleno debate con erróneas o sesgadas interpretaciones, de aquella época que se mantienen vigentes: *El Manifiesto Comunista de 1948*. En él dice su autor, Carlos Marx, lo siguiente:

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición del régimen de propiedad de la burguesía, de esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre el antagonismo de dos clases, sobre la explotación de unos hombres por otros. Así entendida, sí pueden los comunistas resumir su teoría en esa fórmula: abolición de la propiedad privada. Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano, esa propiedad que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de todas las actividades y la garantía de toda independencia. ¡La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano! ¿Os referís acaso a la propiedad del humilde artesano, del pequeño labriego, precedente histórico de la propiedad burguesa? No, ésa no necesitamos destruirla; el desarrollo de la industria lo ha hecho ya y lo está haciendo a todas horas.

⁸ Sobre este tema puede consultarse *Los orígenes del capitalismo moderno*, Primera Parte, publicados en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

⁹ Historiador belga. Fue profesor de Historia desde 1892 y hasta su muerte en la Universidad de Gante.

¹⁰ Historiador medievalista francés especializado sobre todo en los siglos XII y XIII, docente de la École des Hautes Études en Sciences Sociales.

Insisto para que se vea con claridad qué tipo de propiedad proponían abolir aquellos comunistas: sólo la que se asienta sobre la explotación del trabajo y la apropiación de toda renta posible: “el sagrado lucro capitalista”. La otra «la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano, esa propiedad es para el hombre la base de toda libertad», esa estaba siendo abolida por la expansión de la producción industrial, con lo cual la gran industria desarrollaba una tarea doble: paralelamente al crecimiento arrollador de esa industria arrasaba con la posibilidad de subsistencia de la pequeña industria artesanal y dejaba una masa de pequeños productores sin trabajo, aptos para ser contratados como asalariados del capital. La simplificación malintencionada de las tesis de Marx hizo pensar a muchos que lo que se proponía era eliminar todo tipo de propiedad lo que convertía al trabajador en una especie de “esclavo del Estado”. Por otra parte, esa misma lectura sesgada sobre los textos de Adam Smith, lo coloca en un polo diametralmente opuesto: *Smith proponía la “defensa de la propiedad privada” y Marx su abolición total. Ni uno ni otro hablan de nada semejante.*

Si el lector recuerda lo que ya quedó dicho y, en la medida en que pase las hojas profundizará estos conceptos, podrá comprender que la distancia entre estos dos grandes pensadores, respecto a la propiedad privada no es tan grande.

El republicanismo comercial y manufacturero de Adam Smith gira alrededor de la afirmación de que el goce de todo este conjunto de recursos materiales y de oportunidades vinculadas al ámbito de la producción y del intercambio ha de permitir la generalización de esa emancipación material, que es condición de posibilidad de una vida social libre. De ahí que el ideal ético-político de Adam Smith sea el del productor libre e independiente, que lo es por: a.- porque es propietario de los medios de producción o, b.- porque cuenta con niveles relevantes de control de su actividad productiva y del funcionamiento del centro de trabajo en el que opera. Tomamos aquí los conceptos “producción” y “trabajo” en su sentido más amplio, pues el mundo de la (re)producción se extiende hasta los últimos confines de la vida social. En definitiva, en el marco del republicanismo comercial smithiano, el propietario republicano sostiene el goce de oportunidades efectivas de controlar los recursos materiales y el espacio económico y social en el que se opera y se despliega la vida de todos».

Diversos conceptos de libertad

Lo que debe ser señalado en esta última descripción son las diferencias entre dos modos de pensar la libertad respecto de lo que entiende nuestro autor, en su particular concepto de republicanismo, como hemos visto, y el que ha rescatado la corriente filosófica que fue elaborando una concepción de libertad: *el liberalismo*, que ha legitimado el capitalismo industrial del siglo XIX en adelante. Cuya influencia se ha extendido hasta hoy para acompañar la fundamentación del neoliberalismo posterior.

Vuelve entonces, nuestro autor, a retomar la reflexión sobre las peculiaridades de la tradición liberal que maneja una noción de libertad entendida como “isonomía” —el concepto que sostiene la igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos; esto es, como mera igualdad ante la ley, que se desentiende por completo de toda la cuestión relativa a los fundamentos materiales mínimos para el ejercicio positivo de la libertad—. Este concepto restringe la libertad a la formulación jurídica de la misma, desligándose de las condiciones necesarias para que ella se pueda concretar efectivamente. Esa libertad concibe su existencia con la sola presencia de una legislación que prohíba la esclavitud, sin importar las posibilidades que pueda tener el ciudadano de ejercerla plenamente.

Dicho de otro modo, se es libre para ofrecerse en el mercado como mano de obra disponible, que puede ser contratada en los términos que convengan dentro del juego de la “ley de la oferta y la demanda”. La capacidad de ofrecerse queda sometida a su condición de mercancía, convertida en una más de las tantas que circulan por el mercado. Ley que ha estado siempre, salvo rarísimas excepciones, resguardada por la existencia de una sobreoferta de mano de obra que asegurara un bajo precio de ella.

Esa libertad, en definitiva, puede ser compatible con la más abyecta pobreza, con condiciones degradantes de trabajo, con remuneraciones escasas que no cubran las necesidades mínimas elementales. «Pues bien, Adam Smith no tiene nada que ver con todo este mundo liberal. Para Smith, como para el grueso de la tradición republicana, no hay libertad sin independencia socio-económica efectiva».

Si recordamos lo dicho respecto del título del libro de nuestro autor, podemos ahora dar una vuelta más en torno a Smith para expurgarlo de las adherencias “liberales”, entendido esto en el sentido ya explicitado en páginas anteriores. Veamos cómo se expresa en su análisis respecto de los temores que Smith si no se respetan las necesidades elementales de los trabajadores.

En definitiva, hay peligro de que la ciudad arda, de que la comunidad quede expuesta “a brutales desórdenes y horribles atrocidades”, cuando los poderes públicos dejan de lado sus obligaciones fundamentales, que no son otras que el velar por que no se formen, muy especialmente en el espacio económico, posiciones de poder y de privilegio, vínculos de dependencia que sometan a la gran mayoría al arbitrio de unos pocos. Así, por muy “natural” que sea, la libertad no es algo “pre-social” o metafísico, sino algo que los humanos conquistamos terrenalmente, en el fragor de muchas batallas, históricamente identificables, libradas en todos los rincones de la sociedad. Y para que esas batallas sean fructíferas, es preciso que las instituciones públicas culminen su tarea introduciendo las regulaciones necesarias, los cortafuegos necesarios, para destruir posiciones de dominación y para hacer de todos los miembros de la sociedad actores participantes, verdaderamente independientes, prestos a construir toda una interdependencia verdaderamente autónoma. De aquí, pues, la vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith, pues huelga decir que los cortafuegos no se alzaron: el surgimiento del capitalismo industrial y financiero vino de la mano de grandes procesos de concentración del poder económico y de desposesión de la gran mayoría pobre, procesos que han ido adquiriendo formas distintas, que se mantienen en la actualidadÇ.

El propietario republicano

La tercera parte del libro lleva por título “Propiedad, comunidad y sentimientos morales: el mercado como institución republicana”, palabras que hoy chocan con el sentido común, resultado de las divulgaciones interesadas que han introducido en el espacio público, como verdades canónicas, tergiversaciones del pensamiento de un supuesto “Padre del liberalismo económico”. Ya quedó hecha la distinción respecto del concepto de libertad que relocaliza a Adam Smith en la corriente del “propietarismo republicano”. Sin embargo toda aclaración, dadas las divulgaciones mencionadas resultan siempre insuficientes, ante el intrincado juego conceptual que estamos enfrentando. Es que el contenido de los conceptos manejados, cargados de ambigüedades, algunas naturales de toda palabra, más las que se introduce como resultado de las lecturas sesgadas, no hacen que sea sencilla esta tarea.

El lector debe tener en cuenta que la dificultad que presenta la lectura de textos de economía no parte de la poca capacidad que se tenga para comprender, sino de los modos del escribir académico, en una jerga técnica intrincada. Esto llevó a un pensador agudo, Arturo Jauretche, a decir: «En economía no hay nada

misterioso ni inaccesible al entendimiento del hombre de la calle. Si hay un misterio, reside él en el oculto propósito que puede perseguir el economista y que no es otro que la disimulación del interés concreto a que se sirve». Otro tanto se podría decir de algunos textos de Sociología, Ciencias Políticas, Filosofía, etc.

Retomemos una frase, que pertenece al título de un capítulo del libro que analizamos de la mano del Dr. Casassas: «El mercado como institución republicana». El resultado de una primera aproximación a ella es la sorpresa que provoca la relación entre el concepto “mercado” de la Ciencia Económica y el concepto “república” de la Ciencia Política. Sucede que hemos sido educados a partir de la fragmentación del conocimiento sobre la problemática del hombre, que se configuró en diversas especialidades¹¹, por tal razón necesitamos un esfuerzo de pensamiento para leer lo que los clásicos manejaban con mucha soltura: mirar lo social desde una óptica abarcante y totalizadora. Ese modo de pensar debe ir acompañado por un lenguaje que pueda dar cuenta de la complejidad con otros modos de conceptualizar. Comenzando por abandonar las fáciles “universalizaciones” que pasan un rasero homogeneizador por sobre las particularidades personales, colectivas, culturales, económicas, políticas, etc. Al respecto dice nuestro autor:

Aquí conviene introducir una precisión decisiva. Uno de los elementos más importantes que aprendemos de Adam Smith, como de toda la ciencia social, atenta al funcionamiento real de las distintas instituciones sociales —entre ellas, los mercados—, es que “el mercado”, en singular, o en abstracto, no existe. Aquello que existe son distintas formas de mercado configuradas históricamente como resultado de una opción política —o de un enjambre de ellas—. En otras palabras: todos los mercados son el resultado de la intervención del Estado o, en otros términos, de la toma de decisiones políticas con respecto a la naturaleza y funcionamiento de los mercados en cuestión. Por ejemplo: ¿qué grados de tolerancia, si hubiera alguno, estamos dispuestos a asumir para con los monopolios y los oligopolios? ¿Qué tipo de legislación laboral —si la hubiera— aspiramos a introducir? ¿Contemplamos la posibilidad de instituir salarios mínimos interprofesionales? ¿De qué cuantía? ¿Cómo definimos los derechos de propiedad? En particular, ¿consideramos necesario introducir patentes y copyrights? Si se dice sí, ¿bajo qué régimen y en qué condiciones? Y un larguísimo etcétera.

Lo que nos está proponiendo es que intentemos pensar históricamente, equivale a decir: así como el mercado no existe, sino sólo mercados diversos, lo mismo debe decirse para el hombre, los pueblos y las culturas. Cada uno de estos conceptos debe ser ubicado partiendo de las dimensiones de la vida humana: *ella sólo se da en un tiempo histórico y en un espacio geográfico determinado.* Vulnerar esta condición equivale a destruir la vida personal y comunitaria en el nivel del concepto, dado que no existen los hombres, las instituciones, los pueblos, las culturas universales. El universal es el resultado de una abstracción, de una operación intelectual que violenta la realidad real (valga la aparente redundancia). La sabiduría de uno de los padres de la Medicina lo llevó a afirmar: «no existen las enfermedades, existen los enfermos», siguiendo la misma lógica de pensamiento.

¿Qué se entiende por libertad de mercado?

El tema que sigue es de estricta actualidad. La doctrina que ha pregonado durante décadas la “libertad de mercado” como criterio fundacional de una sociedad libre postula que cualquier tipo de intervención ajena

¹¹ Sobre este tema se puede consultar mi trabajo *El marco cultural del pensamiento político moderno* - publicados en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

a él, sobre todo la del Estado-nación, distorsiona el funcionamiento de *las leyes de la oferta y la demanda* generando resultados desastrosos. Al alterar el “libre juego” de esos dos factores concurrentes, la “mano invisible” sobre la que volveré más adelante, se ve inhibida para garantizar “su justa y equitativa participación”. Sin embargo, lo que sostiene Smith, como vimos, es *la necesidad de esa participación*:

Mucho se ha escrito, y de un modo muy interesante, sobre las reflexiones del escocés [Smith] en los ámbitos, por ejemplo, de las infraestructuras, de la fiscalidad y de la política educativa. Pero lo que a mí me parece necesario en este punto es ubicar el recetario smithiano en materia de política pública en el contexto de ese proyecto, de amplio alcance y de hondas implicaciones, de los cortafuegos. Pues el objetivo final de la intervención estatal en Adam Smith no es otro que el eliminar las asimetrías de poder y los vínculos de dependencia material, anclados en privilegios de clase, sean éstos de viejo cuño, privilegios feudales y gremiales, o de nueva generación de la sociedad burguesa. De todos modos, en ningún caso escapa a Adam Smith que se estaban formando nuevas posiciones de poder vinculadas al papel que juegan los propietarios de las empresas en el seno del nuevo mundo de la manufactura y del comercio, tan prometedor y al mismo tiempo tan inquietantemente amenazador.

Entonces, cabe preguntarse: ¿No postula Smith la necesidad del librecombio? La respuesta es sí, pero ¿Qué tipo de librecombio? Nos encontramos una vez más frente a una afirmación universalista que sostendría: *siempre y en cualquier tiempo y lugar*. Pero, como quedó dicho, no es este el punto de vista del pensador escocés. Siendo así ¿De qué tipo de librecombismo es partidario? Adam Smith fue el gran defensor de lo que ya hemos mencionado: el “republicanismo librecombista”. Éste debe estar constituido sobre una sociedad cuyas instituciones han eliminado cualquier tipo de relación de poder. Planteado de este modo suena a delirio utópico. En caso de que estas relaciones de poder persistan las instituciones públicas deben estar atentas para eliminar o, si no se puede como es el caso de las multinacionales actuales, exigirles el cumplimiento de las leyes que el Estado ha creado (si las ha creado, o deberá crearlas en caso contrario). Ahora bien, ¿dónde ubicamos el famoso: “laissez-faire”:

Adam Smith insiste en todo momento en que la libertad en el mercado, más correctamente en los mercados, se constituye políticamente, esto es, a través de una intervención estatal radical, que vaya a la raíz del problema, a saber: los vínculos de dependencia material han de ser desbaratados para poder garantizar a todos una posición de independencia socioeconómica. Sólo entonces podemos hablar de los mercados como instituciones compatibles con (y hasta favorables a) la extensión social de la libertad republicana [“laissez-faire”].

Hemos ido aclarando conceptos y su relación entre ellos para una comprensión más clara y profunda del tema que estamos analizando. Pero, ¿qué ocurre, pues, con la famosa “mano invisible”? Dado que ésta la solución que el liberalismo encontró, a pesar de lo afirmado por Smith, mediante la cual se resolvió toda cuestión teórica que preguntara por la justicia de esas decisiones. Siendo éstas abstractas, misteriosas, inefables, los resultados del mercado quedaban garantizados en su justa distribución de la riqueza que beneficiaba y satisfacía así el interés de cada uno de los concurrentes. En términos académicos: “la correcta asignación de recursos”.

Ante todo, conviene advertir que el éxito de esta metáfora [la mano invisible] en ningún caso guarda proporción con la importancia que le dio Adam Smith a lo largo de su obra. Sólo aparece en tres ocasiones: una en la *Riqueza de las naciones*, otra en la *Teoría de los sentimientos morales*, y una tercera, en la que se refiere a ella en tono jocosos, en su *Historia de la astronomía*, que se publicó como parte de sus *Ensayos filosóficos*. Sea como fuere, lo que Smith nos dice al referirse a la mano invisible —y lo que se puede colegir de lo que nos dice cuando hace referencia a la potencial autorregulación que aparentan presentar los mercados— es lo siguiente: “Cierto es que los

intercambios descentralizados, los mercados, guiados por nuestros respectivos 'sentidos comunes', relativos a las mejores maneras de mejorar nuestras condiciones de vida, pueden llevarnos a estadios sociales y civilizatorios de mayor libertad, felicidad y bienestar. Ahora bien, para que ello sea así, es necesario garantizar que esos intercambios descentralizados que se dan en los mercados sean realmente libres. Y para ello es preciso, como hemos visto, que las instituciones políticas intervengan radicalmente para deshacer vínculos de dependencia y relaciones de poder enraizados en privilegios de clase. Así las cosas, la metáfora de la mano invisible, entendida sustantivamente, no sólo es compatible con la perspectiva ético-política propia de la tradición republicana, sino que, además, exige, como condición necesaria para su pleno cumplimiento, tomar de ésta la reivindicación de una acción política resuelta a arrancar de cuajo, a través de los debidos cortafuegos, las fuentes de las asimetrías de poder, las trabas e interferencias, que permean el conjunto de la vida social.

El proyecto de Adam Smith, es de carácter político, económico y cultural, en la misma línea de la mayor parte de los «padres fundadores de la economía política de la ilustración», cuya preocupación se centraba en la libertad del hombre. Sobre la base de asegurar esa libertad investigaron los modos en que ésta posibilitara *el más pleno desarrollo humano*, como expresión del entusiasmo de la modernidad. El fantasma de la opresión medieval, se entienda esto como fuere, rondaba las cabezas de esos pensadores. El humanismo renacentista era su contracara y el iluminismo fue la trinchera desde donde se combatió a las tradiciones monárquico-religiosas. Entonces, se puede entrever como el marco cultural de la época ofrecía una fuerte presencia del cristianismo evangélico, sin que ello suponga necesariamente atadura alguna a las Iglesias institucionalizadas. Por el contrario, se debe decir que éstas existían porque esa cultura lo posibilitaba. En el marco de esa cultura, pensar *la persona* exigía colocar a ésta en un encuadre comunitario. Estas coordenadas culturales permanecieron casi intactas en medio de las guerras de religiones, en las que estaba en juego más el poder que cuestiones teológicas o filosóficas. Entonces, *pensar el hombre* era *pensarlo como perteneciente a una comunidad*.

Los «Padres fundadores» de la economía no podían no pertenecer a esa tradición que, aunque no se explicitara, mostraba una vigencia sólida. Gran parte de los pensadores de la época de la Ilustración tienen una actitud anticlerical o antirreligiosa, pero eso no debe llevar a pensar que todos ellos confiesan el ateísmo. En algunos casos pueden adherir a una posición más o menos teísta o deísta, pero la concepción cristiana se filtra en todos ellos. La situación de Smith es clara, como afirma el economista, historiador y teórico político estadounidense Murray Rothbard (1926-1995): «Smith siguió siendo un ardiente presbiteriano», por tal razón esta fe atraviesa todas sus ideas económicas y está en la base de su sistema de ideas. La comunidad en la que piensan debe estar equipada con los mecanismos necesarios para que esa libertad sea efectiva, también en la manufactura y el comercio, como hemos visto. Debe tenerse en cuenta que todo esto está sucediendo algunas décadas antes de la consolidación del capitalismo industrial. «Adam Smith, lo habría censurado sin dudar, y sus primeras manifestaciones fueron reprobarlo con severidad».

Llegados a este punto, en el que nuestro autor entiende haber demostrado que Smith no es el padre del capitalismo dominante, se nos cruza la pregunta: ¿Por qué el republicanismo comercial no es posible bajo el capitalismo? ¿Qué elementos del capitalismo son incompatibles con el programa ético y político de Adam Smith? La respuesta que ofrece nuestro autor es bastante extensa. Leamos y analicemos.

Me centraré en cinco puntos que me parecen especialmente importantes y que, además, conectan directamente con las preocupaciones de Adam Smith. Veremos, además, que, de manera interesante, la crítica smithiana del capitalismo industrial naciente parte de un análisis científico-

positivo y de sus preocupaciones ético-políticas que, un siglo más tarde, contribuirán también a alimentar la crítica socialista del capitalismo.

Esta herencia es recogida claramente por Carlos Marx —quien, si bien critica a Smith, no deja de reconocer los valiosos aportes de éste—. Continuemos leyendo:

En primer lugar, el capitalismo es el resultado de la llamada acumulación originaria, que consiste en largos y masivos procesos de apropiación privada de los recursos de la tierra, de los medios de producción, que a la inversa de lo que exigía Locke cuando establecía que tales procesos debían dejar “sólo cosas buenas” para los demás, implicaron, y siguen implicando, la desposesión de la gran mayoría pobre. Pues bien, si libertad republicana significa independencia personal materialmente fundamentada, la desposesión generalizada no puede ser sino fractura de cualquier proyecto civilizatorio elementalmente realista.

Ya quedó dicho más arriba, las aproximaciones entre las conclusiones de Smith y lo escrito en el manifiesto Comunista de Carlos Marx. Lo que fue denominado como “propietarismo republicano” es una defensa de los pequeños productores que fueron arruinados por el impactante desarrollo de la gran industria. Por lo que ese modo de producción contradice en la práctica las tesis defendidas por el economista escocés. Veámoslo en palabras de Marx en el Manifiesto:

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitales más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción.

Con un siglo de distancia, lo que Smith avizora como un problema que asoma en el horizonte de fines del siglo XIX, Marx lo analiza como el resultado evidente de las consecuencias de un mercado que no tiene reglas y deja desprotegido al trabajador, al pequeño productor y al labrador independiente.

El capitalismo se desboca

Como paso siguiente de su descripción del capitalismo y sus consecuencias, nuestro autor pasa a analizar el segundo punto de los cinco que propone para mostrar la incompatibilidad de las ideas de Smith respecto de la doctrina que avaló el capitalismo posterior:

En segundo lugar, precisamente porque han sido desposeídos, el capitalismo conduce a la imposición del trabajo asalariado, o trabajo dependiente, que se convierte en la única posibilidad de obtener ciertos medios de subsistencia y, por ello, en algo obligatorio e inevitable para esa mayoría pobre y desposeída. Y sin puerta de salida, cualquier relación social es fuente de una esclavitud encubierta. Lo grave no es trabajar asalariadamente —finalmente, hay situaciones en las que puede convenir trabajar por cuenta ajena—; lo grave es no tener otra opción que trabajar asalariadamente o, más en general, que realizar trabajo dependiente; lo grave es no poder interrumpir esa relación social cuando así lo estimemos conveniente; lo grave es tener que permanecer atados a esa relación laboral, sin, además, no poder decir nada con respecto a las condiciones en que realizamos dicho trabajo asalariado o dependiente.

La relación asalariada, como sostiene, no es mala en sí misma. Sucede que cuando se piensa desde categorías abstractas nada puede decirse respecto a que ese modo de relación contractual sea perjudicial. Pero, cuando aterrizamos en los mercados reales, en los que la relación patrón-asalariado es asimétrica, el

trabajador lleva todas las de perder. Tiempo después, en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, dirá Marx las palabras siguientes, con las que abona la tesis de la notable continuidad entre este pensador y Adam Smith:

Partiendo de la economía en sí y empleando sus propios términos, hemos demostrado que el obrero es rebajado a mercancía —la más miserables de las mercancías—; que la miseria del obrero está en razón inversa al poder y al monto de su producción; que el necesario resultado de la competencia es la acumulación del capital en un pequeño número de manos y, por tanto, la restauración aún más temible del monopolio; que, en fin toda la sociedad debe dividirse en dos clases: la de los propietarios y la de los obreros no propietarios.

Siguiendo la línea de pensamiento de las consideraciones anteriores, que apuntan al orden económico, pasa el Dr. Casassas a analizar las consecuencias humanas en cada trabajador y las repercusiones sociales del sistema productivo.

En tercer lugar, este trabajo asalariado se ofrece en unidades productivas, verticales y altamente jerarquizadas, de las empresas capitalistas. En ellas, precisamente por ello, no es posible controlar la actividad que se realiza, razón por la cual queda sometido a relaciones sociales profundamente alienantes. Es cierto que Adam Smith es el teórico de los beneficios empresarios, en términos de eficiencia, de la división técnica del trabajo —piensa en el famoso análisis de la fábrica de alfileres—; pero este pensador es también el primer teórico y analista sistemático de los efectos perjudiciales para la psique humana de la división social del trabajo —aquella que lleva a desarrollar ciertas actividades porque se pertenece a la clase de los desposeídos, los que no tienen otra opción que aceptar las peores tareas—. Y, en este plano, Adam Smith se anticipa al Marx de los Manuscritos económico-filosóficos de 1844. Ambos denuncian cómo en las empresas de tamaño medio o grande y de dirección jerárquica se tiende a «perder la visión de conjunto del proceso productivo» y a repetir monótonamente la misma tarea. Esto que hace produce como resultado que «su mente se envilezca».

En el libro que cita, del ya leímos un párrafo, Marx agrega, con un lenguaje no muy claro dado que son borradores que este autor nunca corrigió para darlo a publicación:

El carácter exterior del trabajo con respecto al obrero aparece en el hecho de que no es un bien propio de éste, sino un bien de otro; que no pertenece al obrero; que en el trabajo del obrero no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro.

El obrero trabaja dentro de un sistema en el cual él es reducido a una pieza más del mecanismo de la producción. (Recordar la película *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin).

Todo ello, además, ocasiona una importante pérdida de productividad y de eficiencia derivada del hecho de desempeñar una actividad que no se desea y en la que no se valora las destrezas y el verdadero espíritu emprendedor. El problema que padece el trabajador es que se encuentra sometido a una actividad que no es deseada, que es, por lo tanto, «trabajo forzado», puesto que sólo es realizada porque no puede encontrar otra fuente alternativa de medios de subsistencia. El autor llama la atención respecto de la sensibilidad de Smith que, ya en el siglo XVIII, el siglo de la ilustración por excelencia, se interesa por la cuestión obrera y la investiga. Debe tenerse en cuenta que el conflicto no había adquirido, en ese entonces, su manifestación más aguda, que se mostrará en todas sus dimensiones a comienzos del siglo XIX. Precisa con más detalle nuestro autor, para mostrar la mirada de Smith:

En la *Riqueza de las naciones*, en el capítulo octavo de su libro primero, Smith analiza el funcionamiento de los mercados de trabajo y los procesos de determinación de los salarios que se dan en ellos. En este análisis, aparece un mundo violentamente escindido en clases sociales en el que un pueblo llano, desposeído, que «procede con el frenesí propio de los desesperados», busca

cualquier medio para lograr unas condiciones de vida y de trabajo algo mejores, condiciones que los propietarios no están dispuestos a conceder.

El respeto por las ideas de Adam Smith

Con el propósito ya señalado, demostrar las diferencias entre lo que podríamos denominar el “verdadero Adam Smith” y la versión tergiversada de sus ideas, nuestro autor señala, con la misma sorpresa y admiración manifestada antes, que es a mediados del siglo XVIII que Adam Smith denuncia que la clase obrera es la gran damnificada en el proceso de transformación social. Esta advertencia es muy importante para quitarle al pensador escocés la fama de ser el creador de la teoría económica que avala las tesis de un mercado libre, sin controles. Lo que se puede advertir de las citas presentadas es la preocupación que demuestra por los perjuicios económicos, psíquicos y espirituales que padece el trabajador reducido a su condición de ser “una más de las mercancías del mercado”. Y sus análisis ya denuncian este resultado. En momentos, en los que recién se podían observar los primeros pasos de la Revolución industrial y sus consecuencias.

Sin embargo, percibe en el comienzo de la aparición de ese tipo de producción la destrucción de la anterior “sociedad comercial y manufacturera”. Una afirmación que se anticipa en casi un siglo a Marx, quien escribe, en esa misma línea de investigación:

Lo que rinde es el capital, esa forma de propiedad que se nutre de la explotación del trabajo asalariado, que sólo puede crecer y multiplicarse a condición de engendrar nuevo trabajo asalariado para hacerlo también objeto de su explotación.

Lo que empieza ahora a quedar claro de aquellas ideas es pues que, si la libertad requiere de la independencia material, el trabajador asalariado, a diferencia del artesano y del labrador libre, no tiene posibilidad de ser libre en las condiciones que el mercado le impone, por lo cual no es para él *un ámbito de libertad*. En otras palabras, las condiciones de vida de la clase obrera empezaban a alejarse de los ideales fundamentales que sostenían los objetivos civilizatorios implícitos en la economía política de la Ilustración, de la que Smith participó con mucho entusiasmo. El mercado libre lo es sólo para aquellos que tienen garantizada su independencia económica, y éste no es el caso del trabajador.

Nuestro autor se introduce después en el análisis de las características de la “sociedad industrial” dentro del marco del mercado ya afianzado el siglo XIX, cuando el sistema capitalista ya había disciplinado bajo sus reglas casi todo el proceso económico, que comienzan por la búsqueda y perfeccionamiento en la consecución del mayor lucro posible, subordinando el resto a ese principio inalterable.

En el cuarto punto, debemos analizar las condiciones del mercado en pleno capitalismo: si se trata de entrar en los mercados como productores, resulta que no es nada fácil. Ello es así porque dichos mercados, que muestran una estructura crecientemente oligopolizada o, sencillamente, monopólica, presentan sólidas barreras de entrada. Como ha mostrado la dinámica económica de los siglos XIX y XX, el capitalismo ha supuesto altos índices de concentración del poder económico que, curiosamente, han supuesto un fatal obstáculo para la tan difundida “libertad de empresa”: entendida como la libertad de emprender proyectos productivos propios y también la “iniciativa privada”, como la posibilidad de recurrir al propio ingenio y capacidad de autogestión para desplegar tales proyectos. Y debemos observar que esa famosa “libertad de empresa” e “iniciativa privada” no son, necesariamente, elementos de la civilización del mundo, cuando están dadas las condiciones

restrictivas en el mercado, como las mencionadas. El problema es que, dadas las concentraciones de poder económico propias del capitalismo contemporáneo, tanto la una como la otra se han convertido en un privilegio funestamente restringido a una minoría muy reducida de la población.

Lo que queda evidenciado es la distancia existente, que ya hemos señalado, entre los postulados de la doctrina clásica y las reales prácticas dentro del mercado capitalista. La priorización del lucro del capital por sobre toda otra consideración desata una competencia feroz, cuyo resultado es la existencia de ganadores y perdedores. Esto demuestra que en el comienzo mismo del desarrollo del sistema capitalista éste confrontaba con los ideales del “propietarismo republicano”, ideal de los padres de la economía clásica.

Pasando al quinto y último punto, dice nuestro autor:

Dicho de otro modo Adam Smith pertenece a una tradición intelectual y política, la del grueso de la economía política clásica, que nos permite entender con claridad que bajo el capitalismo no hay libre competencia posible. Ello es así, según dice Smith, fundamentalmente por la tendencia innata de la clase propietaria, “cuyos intereses no suelen coincidir con los de la comunidad, [antes al contrario]: más bien tienden a deslumbrarla y a oprimirla”, a realizar acuerdos facciosos, bien a menudo con autoridades públicas corrompidas, para evitar la entrada de nuevos productores, cuya presencia puede hacer bajar los precios hasta el nivel de los costes y, por ello, hacer desaparecer el beneficio empresarial —cuando los precios se igualan a los costes, no hay beneficios—. Por ello, los propietarios se hallan estructuralmente incentivados a restringir la entrada de nuevos productores.

Este tipo de conducta, que todo el proceso posterior demostró acabadamente, deja en evidencia como los capitalistas son en realidad auténticos rentistas. Y que una de las fuentes de sus utilidades se desprende de su tendencia hacia la exclusión de los posibles participantes en condiciones de sacarles parte de esa renta. Si bien todos los factores productivos deben ser debidamente remunerados en función de sus aportes en la producción de bienes, la renta del capital es entonces de orden usuraria, proviene de los plus de utilidades no provista por los costos mismos de la producción, más una ganancia justa.

Ahora, ya expuestos los cinco grupos de problemas enunciados, «parece claro que la crítica moral y política del capitalismo contemporáneo encuentra en la obra de Adam Smith penetrantes elementos de análisis que conviene no soslayar». Pero, que sin embargo, toda la economía posterior en manos de las corrientes autodenominadas ortodoxas hicieron bien en ocultar esta herencia porque habría desbaratado la pretendida coherencia doctrinaria con la que se defendía un capitalismo feroz.

El excelente análisis que el Dr. Casassas ha realizado, sobre la obra de Adam Smith, nos deja en claro que las convicciones que este escocés expresaba auguraban un futuro muy distinto al que la historia posterior a la Revolución industrial mostró. La convicción y la esperanza, de claro cuño de la mejor tradición cristiana, burbujea en todo su pensamiento. La certeza de un fin de la historia, entendido desde una mirada complacida por los logros obtenidos, que se derramarían con plenas realizaciones humanas sobre una comunidad de hombres buenos y solidarios, era avizorada en un horizonte no tan lejano. He allí gran parte de su idealismo. Sin embargo esto no le impedía percibir algunos nubarrones que dificultarían su concreción, y por ello advertía sobre las necesidades de control político para pusiera límites o superara las dificultades que la historia siempre ofrece.

Adam Smith tenía la convicción, compartida por el grueso de la Escuela Histórica Escocesa, la de los David Hume, Adam Ferguson y John Millar, entre otros, de que el mundo de la manufactura y del comercio podría traer de la mano la liberación de las energías creadoras de la gente y, de ahí, la

culminación del proceso de civilización de la vida social toda al que estaba orientada la evolución de la historia del hombre en sociedad. En efecto, todos estos autores manejaban una teoría de los estadios del desarrollo de las sociedades humanas según la cual el mundo del comercio suponía el final de todo un proceso de perfeccionamiento de las formas de vida que tuvo lugar a través de cuatro etapas sucesivas que, generalmente, se siguen unas a otras en este orden: caza, pastoreo, agricultura y, finalmente, comercio».

Un contemporáneo alemán, el filósofo Georg W. F. Hegel (1770-1831), en su obra monumental *Filosofía de la Historia Universal*, se expresa en concordancia con los pensadores de la Escuela Histórica Escocesa, aunque imponga cierta dificultad su lenguaje un tanto críptico:

La historia universal es el desenvolvimiento, la explicitación, del espíritu en el tiempo... El progreso se define en general como la serie de fases por las que atraviesa la conciencia... La historia universal representa el conjunto de fases por las que pasa la evolución, cuyo contenido es la conciencia de la libertad... El hombre tiene una facultad real de variación y además esa facultad camina hacia algo mejor y más perfecto, obedece a un impulso de perfectibilidad.

La convicción de un futuro mejor

El pensador escocés, fiel a el espíritu de su época, está postulando el sentido inexorable de la historia del hombre y de los pueblos hacia un destino que elige, dentro de ese ancho camino que es, casi, de cumplimiento obligatorio. Es la idea que contiene la explicitación del camino hacia el futuro, hacia una realización espiritual que coronará el largo trayecto necesario para conseguirlo. Hay una certeza en todos estos pensadores que la expresan de diferentes modos, pero en todos ellos hay la esperanza de un final de grandeza. Ese final ya se vislumbraba en el horizonte del siglo XIX.

Inmerso en ese clima espiritual Smith parece detectar en todas aquellas realidades histórico-sociales que se hallan permeadas por relaciones comerciales, cuando éstas se encuentran libres del peso de cualquier forma de despotismo, la culminación de una historia natural de esas sociedades, caracterizada por la progresiva expansión de la civilización y definida ésta por oposición a la rudeza de la vida en las sociedades bárbaras:

Civilización no es otra cosa que la disposición, por parte de los individuos, a coadyuvar en todos los esfuerzos necesarios para la articulación y reproducción de unas instituciones políticas que fomenten la causa de la libertad y que se dispongan a erradicar todas las formas de tiranía y de dominación. Lo que en definitiva está en juego en este punto, a los ojos tanto de Smith como de Ferguson, no es otra cosa que la progresiva ampliación de las libertades individuales frente al peso de los yugos, todavía vigentes, del mundo feudal y, también, frente a cualquier tipo de amenaza que pueda proceder de las formas emergentes de poder económico.

Por lo tanto lo que se puede extraer, de este modo de leer a Smith, es que su pensamiento debe ser rescatado de las manos de gran parte de los economistas posteriores. Acompañado por gran parte de la Escuela Histórica Escocesa participó de esperanzas ciertas con respecto al mundo de la manufactura y del comercio. Si bien no se cumplieron, vale la pena su relectura porque ayuda a iluminar un camino diferente hacia el futuro.

Como ya quedó apuntado, Smith como un miembro más, aunque de mayor trascendencia, de la tradición republicana, confió en el comercio y en la manufacturación de los pequeños y medianos productores, la culminación del proceso civilizatorio y el comienzo de una etapa con posibles emergentes de «una vida

autónoma e independiente». Ya se percibe en él una intuición de la importancia de la posesión de los medios de producción —herramientas y pequeñas máquinas— que le garanticen su libre determinación en el mercado para que esa libertad se realice.

El ciudadano que se acerca al comercio como dueño de los frutos de su propio trabajo ni sirve a nadie ni depende, para subsistir, de la buena voluntad del prójimo, sino de su propia iniciativa y espíritu emprendedor. Así, parte de la relevancia de la obra de Adam Smith radica en el hecho de que, en ella, y en un momento histórico en el que se empiezan a observar algunos de los resultados que traen consigo las nuevas formas de producción y de intercambio de carácter manufacturero, el pensador escocés subraya el vínculo causal que puede operar entre tales actividades y la libertad republicana. Ahora bien, todos estos autores —y en esto Adam Smith es especialmente claro— alertaron sobre los límites a los que se enfrenta todo este proyecto de fundar la república moderna en la extensión de las actividades comerciales y manufactureras cuando comienzan a presentarse un puñado de actores privilegiados que pueden hacerse con el control de mercados y economías enteras. Cuando resulta que quienes se acercan al comercio no son esos ciudadanos adueñados de los frutos de su propio trabajo de los que hablaba hace un instante, sino masas ingentes de población desposeída y sometida al arbitrio de unos pocos. Cuando ello es así y, como hemos visto, Smith es consciente de que hay serios riesgos de que ello sea así, los mercados, lejos de liberar, pueden alumbrar un verdadero reino de la dependencia generalizada, pueden convertirse en espacios de cautividad para esas grandes mayorías desposeídas, que tienen en ellos la única fuente de medios de subsistencia y que, por ello, ni pueden abandonarlos ni cuentan con posibilidad alguna de llegar a co-determinar las actividades y formas de vida que en ellos se configuran.

En definitiva, lo que hay que buscar, sostiene nuestro autor, en autores como el propio Smith no son «argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo» como dice Albert Hirschman con respecto a algunos autores de los siglos XVII y XVIII, sino «argumentos anteriores al triunfo del capitalismo en favor del mundo del comercio, anteriores a la gran transformación que dará lugar a la emergencia del capitalismo industrial y financiero que la contemporaneidad conocerá». Las consecuencias posteriores de los mercados imperantes, depredadores y excluyentes bajo ese capitalismo industrial y financiero, impidieron que esas posibilidades reales se materializaran. «Las aspiraciones civilizatorias de quienes, en los siglos XVII y XVIII, habían confiado en el comercio como camino del progreso y la universalización de la independencia personal materialmente fundada, se desvanecieron».

Dicho de otro modo, Adam Smith percibió esperanzadoramente todo ese nuevo mundo de relaciones sociales entre personas y hogares socioeconómicamente independientes que, las “revoluciones industriales” de las que hablaba Jan de Vries¹² (1943), fueron desarrollando. Pero, debe dejarse afirmado, según nuestro autor, que Adam Smith hubiera sido un tenaz opositor y, de hecho adelantó varios argumentos al respecto, de lo que llegó a producir la revolución industrial, que diera lugar luego al capitalismo contemporáneo, en términos materiales y espirituales».

¹² Profesor de Historia y de Economía en la Universidad de Berkeley. Su trabajo pionero sobre el desarrollo económico de Europa ha valido su prestigio como investigador. Su libro, *The First Modern Economy. Success, Failure and Perseverance of the Dutch Economy from 1500 to 1815* ha sido calificado como el mejor libro de historia económica. Es por otra parte redactor del Periódico of Economic History.

Quiero recordarle al lector, para seguir abonando la tesis de la continuidad entre Smith y Marx, a pesar de las críticas de este último, la cita del Manifiesto Comunista que he colocado más arriba, de la que ahora reproduzca sólo una parte:

Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano, esa propiedad que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de todas las actividades y la garantía de toda independencia. ¡La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano!

Marx, en esa misma línea de pensamiento relaciona la libertad personal con la propiedad de los instrumentos de trabajo que posibiliten la propiedad de los frutos de ese trabajo.

Entonces llega a una interpretación de la famosa “mano invisible” que contradice la versión “oficial” de los economistas: la mano invisible se establece políticamente. Los automatismos del mercado, de los que Smith habla favorablemente, los instituye el Estado, y se mantienen a lo largo del tiempo, y coadyuvan a civilizar el mundo, «si y sólo si el Estado se encarga de que todos seamos individuos socioeconómicamente independientes». En Smith, entonces, el mercado libre se construye “desde fuera”, desde la participación humana en él. «Como todo en este mundo, los mercados los construimos los humanos». La cuestión importante a dilucidar estriba en quiénes lo hacen y en beneficio de quiénes.

A la inversa del republicanismo comercial de Adam Smith, la tradición liberal, que se recopila a lo largo del siglo XIX y que halla en el neoliberalismo un fiel continuador en nuestros días, ha jugado siempre con la idea de que los mercados son entidades de no se sabe qué procedencia cuya capacidad autorreguladora depende de mecanismos totalmente endógenos, por lo tanto extrapolíticos. Así, lo que en Adam Smith venía “de fuera”, los mercados, libres o no, se constituyen desde fuera. En el liberalismo viene “de dentro”, los mercados funcionan libre y eficientemente si no se tocan, debe permitirse que se abandonen al curso de su mecánica interna. En este contexto intelectual y político, el proceso de apropiación de Adam Smith por parte de liberales y neoliberales tuvo que pasar por falsear no la creencia en la posibilidad de un mercado libre, esto Adam Smith lo comparte, sino la cuestión relativa a la factura política de ese funcionamiento libre de los mercados. Para los liberales, la libertad está ya en el mercado, con lo que no es preciso intervención estatal alguna orientada a fundar políticamente tal libertad.

Por el contrario, Adam Smith afirma, sostiene nuestro autor, que los mercados son instituciones que pueden ser libres. Y afirma también los grandes beneficios en términos civilizatorios que pueden derivarse del buen funcionamiento de mercados *efectivamente libres*, pero insiste siempre en que este funcionamiento efectivamente libre de los mercados —la emergencia de una “sociedad de libertad perfecta”, para decirlo con sus palabras— es algo que «sólo es posible cuando la república se encarga de extirpar relaciones de poder, vínculos de dependencia material, privilegios de clase o, lo que es lo mismo, cuando la república se encarga de evitar aquellas situaciones de desposesión que están en la base de tales relaciones de dominación».

En definitiva, la intervención estatal más radical, en el sentido de que vaya a la verdadera raíz del problema es la que protege los vínculos e impide la aparición de formas sociales descentralizadas que obstaculicen toda interdependencia verdaderamente autónoma. La intervención estatal más radical es condición necesaria, pues, para la emergencia y sostenimiento a lo largo del tiempo de *mercados efectivamente libres*. Pues bien, esto es lo que el grueso de la interpretación liberal y neoliberal ha dejado a un costado cuando se ha apropiado de la figura de Adam Smith.

Reflexiones finales

La propuesta original de este trabajo rondaba en torno a una necesidad: desmontar el discurso dominante que impone una interpretación de la realidad y de sus posibilidades de cambio muy limitadas. Dicho de otro modo, cubre la realidad con una niebla de pesimismo que la convierte en un mundo gris sin salidas a la vista. Una especie de fatalismo, con pretendida fundamentación científica en este caso, que impide pensar en caminos alternativos, superadores, con toda la dosis necesaria de realismo que la correlación de fuerzas actuales implica.

Después de las décadas de los sesenta y setenta, que nos hicieron pensar en que los cambios necesarios para construir una sociedad más justa estaban al alcance de la mano, las frustraciones de esas generaciones más las consecuencias de los errores cometidos que se sumaron a la represalia de las fuerzas dominantes, nos sumieron en los años de fuego, más las décadas siguientes en las que pretendieron convencernos de la necesidad de ser pragmáticos. Esto debe entenderse como el abandono de los viejos ideales. Ese reflujó de las ideas y de las fuerzas que luchaban por “la liberación de los pueblos” fue ocupado por una oleada impetuosa del neoliberalismo triunfante que decepcionó a muchos y les hizo bajar los brazos.

Pasados esos tiempos, el nuevo siglo apareció con resplandores que encontró a muchos deshabituados a esas luminosidades. Algunos no creyeron por tener un corazón cansado, otros tuvieron que hacer esfuerzos para aceptar lo que estaban viendo, y así, de a poco, algunos primero, otros muchos después, se sumaron a la marcha prometedora de tiempos mejores. En ese afán estamos.

Si bien las voluntades se van disponiendo a emprender, por diferentes caminos, las diversas tareas que impone toda reconstrucción social, una de ellas que, a mi entender no ha tenido demasiada atención, es la que se ha denominado “la batalla cultural”, es decir la lucha contra las ideas imperantes que han calado muy profundamente en la conciencia colectiva. Desenredar la trama de ese complejo de ideas no es una labor sencilla. Requiere de mucha paciencia, de mucha inteligencia y de mucha perseverancia. Parte de ello es el objetivo de las páginas anteriores, será el lector un juez sobre los resultados obtenidos. Demostrar en el terreno teórico las falacias que se han argumentado, las elaboraciones históricas, filosóficas, literarias, las distorsiones de los significados de las ideas de los Maestros clásicos, todo ello con el propósito de justificar el mundo existente. En esto debemos enfrentar a algunos que han elaborado discursos encubridores a sabiendas de lo que hacían, esos no son recuperables, puesto que actúan como mercenarios. Lo más grave lo presentan los muchos que repiten crédulamente esas teorías que las reciben dentro de un marco de pretendida cientificidad. Allí el trabajo es enorme y debe ser muy paciente.

El encuentro con el pensamiento y la labor investigativa del Dr. David Casassas ha sido, para mí providencial. He tenido la suerte de sumergirme en sus conclusiones que me parecieron muy iluminadoras. Ello me impuso la necesidad de compartir con lectores que no visitan estos temas esta investigación sobre el pensamiento de quien ha sido presentado como el “padre de la economía moderna”, cuando fue mucho más que eso. Fue el filósofo moral que se entusiasmó con las promesas de un mundo que iba saliendo del sometimiento feudal y auguraba un futuro preñado de buenas nuevas. Sus investigaciones, que fue escribiendo en una serie de pequeños trabajos conformaron un cuerpo extenso, denso y detallado, que fueron publicadas en 1776: *La riquezas de las naciones*.

Como ha sucedido con otros grandes maestros, es mucho más citado que leído en su totalidad. Lo que ha circulado por las academias y universidades han sido algunas síntesis que destrozaron gran parte de la riqueza que contiene el texto. Se ha simplificado, descafeinado, aguachentado, haciéndole decir con las síntesis y los comentarios ofrecidos sólo una parte de sus ideas cosas que contradicen el texto en su totalidad.

Recuperar lo medular de su pensamiento, colocándolo en el contexto histórico en que se desarrolló su actividad teórica, es un mérito del autor que he comentado, el Dr. Casassas. Espero que su lectura haya sido de ayuda para comprender mejor algunas de las muchas posibilidades de salida que tiene este presente social y político injusto. Además se debe tener sumo cuidado con la utilización de vocablos que fueron mutando su significado. Leerlo desde *el después* y atribuirle el significado posterior distorsiona lo que el autor clásico ha dicho. Todo este trabajo ha intentado aclarar ideas que, como se las presenta, son el sustento de esta sociedad injusta.